

DIA TREINTA Y CUATRO.

Estaba Antonio haciendo de centinela en la portada de la Cartuja para ver cuando llegaban los amados viajeros, y comunicar la noticia. En esto vió venir á lo léjos dos carruajes, que se dirijian á la quinta, y reconociendo las libreas de su padre, exclamó:—"Llegan" A esta voz todo el mundo acude á su puesto; se detienen los coches y en un momento se ven rodeados de los músicos del lugar, que vestidos de gala, celebran la bienvenida del señor Arleville, y los que le acompañan. El hortelano German y sus aprendices se presentaron cargados de ramilletes, que fueron ofreciendo á cada uno de los viajeros. Nuestros amigos notaron que

las moreras, los castaños de Indias y los frondosos nogales, estaban festonados con cintas y diversas flores. El tío Pedro, vestido de negro como curial, y cubierta la cabeza con un pelucon enorme, llevaba en la mano un legajo de papeles, pluma y tintero, y se oponia á la entrada de Arleville; pero una figura con alas y con los atributos de la justicia, descendió desde la copa de un aramo, echó un velo sobre el rostro del tío Pedro, que representaba el *Injusto Litigio*, y despues le desgarró sus negras vestiduras. Acto continuo apareció la alegoría del Tiempo que dió un estrecho abrazo á la Justicia.

Luego se puso á danzar una cuadrilla de muchachas, dirijida por la ama de gobierno. Precedia la comitiva la música del pueblo, y entró en buen órden hasta el *parterre* del jardin, donde por todas partes se veian guirnaldas de flores, motes, emblemas é inscripciones. En este mismo paraje estaba preparada la comida en mesas coronadas de frutas y olorosas flores. Era la hora del mediodia y así los viajeros ocuparon gustosos estas mesas de campo; pero el señor Arleville no veia llegar á su padre, y aunque esto no podia inquietarle, excitaba lo bastante su curiosidad. Apenas acababan de sentarse, cuando apareció Filberto con una cuadrilla de jóvenes, que al son de los albugues y

de rústicas zamponas, formaban graciosos bailes, con las mayores muestras de extraordinario regocijo. El anciano estaba vestido como el rey Salomon, cuando pronunció aquel célebre fallo de que habla la Historia Santa, bien conocido de todos; y es preciso confesar que el traje oriental le hacia parecer mas venerable. Luego que se abrió al rededor de él la cuadrilla de los bailarines, hizo alto el anciano delante del señor Arleville y de su esposa, y hablando con gravedad y sério continente, pronunció un discurso en que dijo haber dejado la morada celestial por venir á dar el parabien á los mortales, ya que tan bien habian salido de un pleito dilatado y costoso por medio de una sentencia la mas justa que se habia visto despues de su fallecimiento; elogió la integridad de los jueces, y habiendo bendecido al Altísimo, entonó un cántico, cuyo coro ejecutaba al son de la música, la juventud de ambos sexos.

Este cántico místico, el traje del anciano; y el aparato de esta fiesta sencilla, pero magestuosa, hizo á muchos verter lágrimas de ternura y contento.

Retiróse Filberto, y volviendo de allí á poco vestido de alcalde de aldea, improvisó un discurso por el estilo de los que relatan estos personajes en algunas comedias y sainetes,

tan gracioso y enfático, que causó mucha hilaridad á su oyentes. Despojóse de su traje de alcalde, abrazó á sus hijos y nietos; y sentándose con ellos á la mesa comieron todos alegremente. Al servir los postres cantaron los músicos algunas letras alusivas al feliz suceso que reunia á todos nuestros amigos; por la noche hubo una magnífica iluminacion con los correspondientes fuegos de artificio, y se puso fin á la solemnidad con un baile que duró gran parte de la noche.

DIA TREINTA Y CINCO.

El artista Derbin, que nada habia cobrado por sus trabajos y que se habia captado las simpatías de la familia, ofreció dos historias para entretener á tan amable sociedad, y á los pocos dias cumplió su promesa narrando la siguiente:

EL ESTAÑERO.

No hace muchos años habia en Paris, en una calle del arrabal de San Márcos un estañero, natural de Auvernia, llamado Bernardo Ruffot. Su tienda no era grande, pero bastante bien surtida, y su actividad en el trabajo era tanta, que con ella y sus conocimientos debia llegar á hacer fortuna. Su carácter era bueno y sensi-

ble, era caritativo y en extremo honrado; pero su tosca crianza le hacia ser impetuoso y regañon; en una palabra, tenia los defectos de los de su oficio y educacion, escepto el de la embriaguez, que miraba con total repugnancia. Como era vivo, impaciente y fogoso, no habia que contradecirle; resolvia en un momento los negocios de mayor gravedad, y si llegaban á retardarse dos ó tres dias los abandonaba; de este modo habia tratado y hecho su casamiento en veinticuatro horas. Vió cierto dia á la hija de Gerardo, mercader de hierro, vecino suyo, que acababa de traer á la muchacha, de una escuela, en donde la habia tenido hasta la edad de diez y siete años; y sin mas ceremonia:—Vecino, le dijo, es esta vuesta hija?—Servidora vuestra.—Cómo se llama?—Catalina.—Quereis casarla luego?—Tan pronto como se presente un hombre honrado... pero Ruffot, á qué vienen tantas preguntas?—Una mas: sabeis si el corazon de Catalina está libre?—Así lo creo.—Pues bien, Gerardo, yo me caso con ella.—Hablais de veras?—Yo nunca gusto de chanzas.—Pero...—No hay *pero* que valga, admitís ó no? hoy mismo, es preciso, que se firme el contrato.—Y no me preguntais por el dote?—Eso no me importa; y podeis hacer lo que os parezca.—Tengo gracias á Dios algunas monedas, y bien antiguas..... Pero al cabo es menester darne

tiempo.—Tomareis el que os parezca. Casémos ahora, y despues venga lo que viniere.—Pero hombre, si no conoceis á mi hija, si no sabeis qué génio tiene, qué carácter es el suyo.... —Vecino, vos la habreis enseñado bien! y lo demas depende de un buen marido.—De un buen marido?—Sí, Gerardo; el buen marido hace la buena mujer. Catalina debe tener buen génio, y aun cuando fuera el mismo diablo, se me daria bien poco, pues estoy seguro de que yo sabria traerla al camino de la razon.—Por medio del rigor, no es esto?—No, vecino; por medio de la suavidad y la dulzura. Ea, decidme sí ó no; si decís que no, me retiro y no vuelvo á acordarme de que teneis una hija Catalina.—Pero vecino, concededme siquiera ocho dias.— ¡Oh, mejor son ocho siglos! Qué calma teneis! —El cuento está en que vais tan de prisa, y no sé qué capital es el vuestro.—Estos papeles os lo dirán por mí... me deben mucho; yo no debo un cuarto.—Bien, muy bien; pero ahora debo hacer otro tanto con vos.—Despues, despues, vecino. Sé que sois un hombre de bien, y esto basta y aun sobra; respondedme sí ó no, porque estoy de prisa...—Consultaremos la inclinacion de mi hija.—Eso se hace en un instante. Catalina! Aparece la jóven —Oid, dice el estañero; tengo treinta y dos años... ya me veis... soy un hombre como los demas... quereis casaros con-

migo?—Señor!—Sí ó no?—Pues bien, señor... si mi padre quiere...—Qué decís, vecino?—Hombre, digo que sí.—Bien. La muchacha me va gustando cada vez mas... sois ya mi padre, no es esto, señor Gerardo?—Ya está dicho, vecino.—Adios. Esta noche os aguardo á cenar en mi casa, firmaremos el contrato y negocio concluido.

No lá hubo de pesar á Catalina la propuesta del ingenuo estañero, segun lo poco que tardó en dar su consentimiento; pero cuántas no harian lo mismo en igual caso? ●

Conforme al plan del estañero, aquella misma noche se otorgó el contrato, y de allí á dos dias estaban ya casados. Por aquí podreis conocer cuál era el carácter de este hombre. Su mujer fué dichosa con él; pero habiendo dado á luz un robusto niño, falleció la infeliz; y tanto la sintió su marido, que la lloró toda la vida. Como era un buen padre, mimó demasiado á su hijo Amadeo, y lo hubiera mimado continuamente á no ser por sus amigos, que le aconsejaron lo pusiera en un colegio. Un célebre boticario, parroquiano de Ruffot, y que le estimaba mucho, consiguió del presidente R.... que á la sazón era rector del colegio de *Luis el Grande*, la beca de colegial para el muchacho, que aunque manifestaba buenas disposiciones, tenia el mismo génio vivo, violento y arrebatado que su

padre, y por añadidura una soberbia desmesurada, defecto de que carecia el buen Ruffot.

Tenemos, pues, á su hijo en el colegio, instruyéndose y recibiendo una educacion brillante. Alcanzó varios premios en su clase, y no tardó en escitar los celos de sus condiscípulos; y como su vanidad era inaguantable, los demas le decian que no tenia por qué envanecerse tanto, pues al cabo no era mas que el hijo de un estañero. Habia puñadas y bofetones: todo se volvia pependencias; y para remediar este abuso, mandó el rector que el hijo de Ruffot no fuese conocido en el colegio, sino con el nombre de Amadeo; y esta medida imprudente, que casi obligaba al muchacho á que se avargonzase del apellido de su padre, aumentó su amor propio. Decian sin embargo sus maestros que era un muchacho de buena capacidad, y aseguraban que se haria notable en las ciencias que aprendiese.

Amadeo hubiera deseado no salir nunca del colegio, y cuando su padre lo llamaba para que pasase un dia ó dos en su compañía, iba con repugnancia, obligado á estarse dentro de una tienda, y á oír á su padre que no hablaba gramaticalmente; comenzó á despreciarle por grandes; y el buen Ruffot, que no habia previsto esta consecuencia, demasiado natural, del proyecto que habia formado de darle una educa-

cion superior á la que él habia recibido, empezó á notar que Amadeo le miraba como á un hombre ordinario, lo cual le ofendió sobremanera.

Amadeo salió del colegio á los diez y seis años, y aceptó la propuesta de un señoron que le cobró amistad, y le hizo su secretario. Este individuo, si no me engaño era un conde, habia notado los progresos del muchacho, y sin consultar al viejo Ruffot, y nuestro Amadeo sin participar á su padre su nuevo empleo, se fué con su protector á una de las quintas de éste, situada á mas de cien leguas de Paris.

Partió Amadeo resuelto á no manifestar jamás á ninguno de sus parientes, empezando por su padre, á quien miraba como un pobre diablo, el lugar á donde iba, figurándose que con su habilidad haria fortuna, y que por lo tanto poco le importaba la corta herencia de Ruffot. Un hombre que hubiese tenido mas moralidad que el conde, no hubiera permitido tanta soberbia é ingratitud en un hijo, sino que hubiera pedido á su padre permiso para llevarsele, obligando á este hijo á que guardase algun respeto, y escribiese de cuando en cuando al buen anciano, á quien debia el sér, su educacion y sus habilidades; pero el conde hacia poco caudal de buenas máximas morales; y prendado de su favorito, cuanto este hacia ó proyectaba, estaba muy bien hecho y juiciosamente determinado.

Un estañero! vaya, era esto una vileza en concepto del conde, que casi se avergonzaba con Amadeo de que la suerte le hubiese dado un padre tan indigno de él. Así fomentaba en el muchacho su inclinacion á mirar con desprecio al buen Ruffot!

Supo este que su hijo había salido del colegio, y le indignó semejante conducta, derramando este padre amoroso lágrimas muy amargas. No podía llevar en paciencia que el hijo de su amada Catalina, tan bondadosa, tan afable, fuese un monstruo de ingratitud. Alteróse su salud visiblemente; deploró toda su vida habérsela dado á un hijo indigno que le despreciaba, olvidándole y tratándole como al último de los hombres. Es cierto que Ruffot había sido un hombre de resolucion; pero como padre era sumamente débil, y no podía determinarse á detestar lo que una vez había querido. Estaba justamente quejoso de su hijo; pero si le viese, si le volviese á hallar, no obstante su grave delito, le hubiera perdonado, y seria el primero que se arrojase á su cuello.

Ocho años se pasaron en esta separacion del padre y del hijo, en cuyo tiempo mudó extraordinariamente la fortuna del uno y del otro. El padre se retiró del comercio, y comprando en su mismo barrio una casita con su huerto, determinó acabar en ella el resto de sus dias. No

fué la suerte para Amadeo tan próspera como había imaginado, porque habiendo fallecido su bienhechor, los herederos del conde, comenzando por su hijo, que había sido condiscípulo de aquel, no tuvieron la menor idea de retenerle. Salióse, pues, de aquella casa, con algun dinero; pero demasiado soberbio para volverse á la de su padre, se detuvo en Leon, ciudad que distaba poco de la quinta del difunto conde; y lejos de cultivar en ella sus talentos, procurando aprovecharlos, hizo conocimiento con algunos calaveras, y entregado á una vida relajada, perdió el fruto de la buena educacion que había recibido, engolfándose en un piélago de vicios.

Era nuestro jóven de bella presencia, y aprovechándose de esto para engañar á las coquetas, y pillar algun dinero á alguna vieja verde, vivió como buen caballero de industria. Cambió su apellido por otro de distincion; hacia que le llamasen el caballero de *Aranville*; y sacaba de sus quicios á la parte frívola de un sexo que aumentaba su orgullo con elogios exagerados.

Este género de vida no podía parar en bien. Conoció el jóven que su crédito se iba disminuyendo, y marchó á Paris, esperanzado en hacer allí nuevos ensayos de petardista y tramposo. El señor Baron D... hombre sencillo, crédulo, de poco talento, pero honrado, vió en cierta casa á nuestro caballero de *Aranville*; y habién-

dole oído hablar de fortificaciones, baterías, y otras cosas pertenecientes al arte militar, que era su pasión favorita, le convidó á su casa. No se hizo de rogar Amadeo, y habiendo ido á visitarle, quedó pasmado al ver la gran belleza de Eugenia, hija única del Barón. No fué este un capricho, sino una pasión seria, fundado en el respeto que inspiraban las gracias, la discreción, y particularmente el candor y la modestia de aquella señorita. Con el fin de ver con frecuencia á esta amable jóven, que habia sabido conmover á Amadeo de muy distinto modo que otras de su sexo, se manifestó muy obsequioso con su padre. Levantó planos, hizo varios proyectos de fortificación, y supo congraciarse tanto con el barón, que este honrado anciano no podia pasarse sin verle. Aprovechóse Amadeo de esto para hablar á Eugenia de su amorosa pasión, y llegó á términos, que se vió correspondido. Qué felicidad!... pero era menester casarse con ella, porque solo puede aspirarse á la posesion de una persona virtuosa por medio del matrimonio... y cómo podria ser esto posible al hijo de un estañero... que llevaba un supuesto apellido? ¡Qué vergüenza! sobre todo, cuando esto último sepa el barón, quien aunque es muy rico está encaprichado con su nobleza, y no quiere dar á su hija, sino á un hombre de distincion. Estas crueles reflexiones

atormentan por largo tiempo á nuestro Amadeo: sabe que Eugenia le ama, que el barón le quiere, pero su fatal destino le ha hecho nacer de un pobre estañero!...

La poca ó ninguna escrupulosidad del manco, y sus antiguas detestables máximas le sugieren al fin un arbitrio para vencer este obstáculo que le parecia insuperable. Tenia amistad con un hábil genealogista, y le ocurrió que pagándole bien le haria que le ennobleciese, fraguando al intento los conducentes títulos de nobleza. Por entonces no dejaba de tener algun dinero; pues aunque todo el dia lo ocupaba en requebrar á su dama, pasaba la mayor parte de las noches en un garito, y era tal su dicha en el juego, que rara vez perdía. Hallábase por consiguiente con una suma bastante considerable para deslumbrar al genealogista, y así, pasando á su casa, despues de saludarle, arrojó encima de su mesa un bolsillo, diciendo:—Amigo, yo soy Amadeo Ruffot, hijo de un estañero de la calle Mouffertard, y quiero que me transformeis en un caballero de Aranville, haciendo de modo que llegueis á entroncar en mi familia duques, barones, mariscales de Francia, etc.

Deslumbrado el genealogista con el brillo del oro accedió á lo propuesto, y alentándose Amadeo con tan felices principios, le refirió que estaba para casarse con la hija del señor barón

D...; dióle puntualmente las señas de su palacio, y rogóle que le llevara sus títulos de nobleza luego que los tuviese forjados, indicándole la hora y el día en que debía ejecutarlo.—Cuántos pergaminos deseais? le preguntó el genealogista.—Veinte, treinta ó aunque sean cien, si podeis, contestó Amadeo; pues en tales casos mas vale que se peque por carta de mas, que por carta de menos.—Bien! Perded cuidado, que yo lo llevaré todo en una caja muy curiosa, y con el sello de vuestras armas.—De mis armas! Qué decís?—Sí, amigo, de las armas que yo voy á regalaros.—Bravo, soy el hombre mas feliz del mundo!

Retiróse Amadeo tan contento, que no cabia en sí de gozo, y volando á casa del baron le pidió á su hija en matrimonio.—Os anticipais á mis deseos, querido amigo, le contestó este, pues habeis de saber que ya la tenia destinada para vos; pero supongo que no ignorais mi modo de pensar, y que intento que mi hija verifique su enlace con un sugeto de distincion. Decidme: sois verdaderamente noble?—Sí lo soy, señor baron! Ya tengo escrito á mi agente para que arreglando todos mis títulos me los envíe el sábado próximo, y aun me he tomado la libertad de darle orden de que los dirija á poder vuestro; vos mismo leereis mis rancios y carcomidos pergaminos, que os quitarán toda

sombra de duda en cuanto al noble origen de mis ilustres ascendientes.—Habeis hecho muy bien y os doy palabra de examinarlos por mí mismo. Ahora bien, cómo estamos de caudal? porque tambien es forzoso tratar de esto.—En cuanto al caudal... debo confesaros que no es una gran cosa.—Otro tanto me sucede á mí; yo no soy rico; tengo apenas cuarenta mil reales de renta, y daré una tercera parte á mi hija, que es á lo que puedo alargarme.—Pues yo tengo casi el doble.... Sí; no me engaño...—Y están en buen orden las cuentas?—Oh! eso como todo lo demas.

En efecto, tenia razon en decir que su caudal estaba tan justificado como su nobleza; pues el tramposo Amadeo no poseia nada absolutamente; y esperaba despues de casado lograr el perdon de sus embrollos, y vivir con su mujer participando de la renta del engañado suegro.

Acabada su conferencia con el baron, escribió al genealogista para que al mismo tiempo fraguase algunas escrituras y contratos en que se hablase de sus rentas; y la respuesta fué, que al punto emprenderia esta nueva tarea, de modo que todo estuviese listo para el sábado, segun se lo habia prometido.

Llegó por fin el suspirado día; vistióse Amadeo lo mas elegante que le fué posible, y rebo-sando placer y esperanza se fué á casa del baron

¿quien halló acompañado de todos sus parientes. Vióse Amadeo saludado, aquí por una marquesa veterana, allí por un viejo caballero de hábito, acá por un tío de la novia que habia sido consejero en el parlamento.... Arrimada á la chimenea estaba una condesa, con tontillo, y en el hueco de un balcon habia dos caballeritos que luego debian ser sus primos. Toda esta familia le hizo profundas reverencias, y presentándose el baron, hizo su elogio, que fué repetido por todo el concurso. Los ancianos hallaban en su persona un aire marcial, las viejas le miraban de piés á cabeza, meneando la suya, como quien dice: “Vaya, el novio es un muchacho muy gallardo!” Los jóvenes le tenian alguna envidia; y la graciosa Eugenia estaba sonrosada, recibiendo con amable modestia los parabienes que la daban, así por su hermosura, como por el buen gusto que habia tenido en la eleccion de esposo.

Abrióse en esto una puerta, y entrando un lacayo con la famosa caja de los nobilísimos títulos pertenecientes al caballero de Aranville, se la entregó al baron, apartándose nuestro Amadeo, como por modestia, para que los examináran y se quedasen admirados. Tanto el crédulo baron como sus parientes, y particularmente las viejas, calados los anteojos, se acercaron á leer los maravillosos pergaminos.

Todo el mundo tenia los ojos clavados en la caja; rompió el baron los sellos; desató las cintas con que venia engalanada, levantó por último la tapa... Pero qué fué lo que vieron?... Una *jeringa!*.....

Aquí el pintor fué interrumpido por las grandes carcajadas de los niños que reventaban de risa exclamando:—Ah! ah! una jeringa! Es posible?—Yo lo hubiera apostado, dijo Cipriano. Dejó el señor Arleville libre desahogó á esta risa tan natural, y luego que cesaron las carcajadas, volvió nuestro pintor á su relacion en estos términos.

—Qué es esto, Dios mio! dijeron á un tiempo el baron y todos sus parientes convertidos en estátuas.—No lo estais viendo, señores? replicó desde léjos Amadeo. Esos son mis títulos de nobleza.—Estos?—Sí señores, esos mismos. De qué os pasmais?—Qué horror! dijo la condesa del enorme tontillo.—¿Cómo, qué horror? replicó Amadeo; dignaos leer esos preciosos papeles y lo vereis.—En efecto, repuso el baron, aquí viene tambien una carta. Véamos lo que dice.

“El fugido Caballero de *Aranville*, no es otro que Amadeo Ruffot, hijo de Leonardo Ruffot, estañero que ha sido de la calle de Mouffertard”

Todos quedaron llenos de asombro, y Amadeo aturdido, se devanaba los sesos por acertar

quien le habria descubierto, cuando en la antecámara se oyó á un desconocido que parecia disputaba con los lacayos para que le dejasen entrar. Con efecto, aquel entró precipitadamente, y Amadeo que lo conoció se dejó caer sobre una silla privado de sentido... Sabeis quién era ese hombre? Leonardo Ruffot en persona.— Señores y señoras, dijo el buen estañero, disimulad mi atrevimiento; pero tengo aquí á un hijo malvado... que aborrece á su padre, que le desprecia, y que quiere engañar á una familia honrada. Nueve años ha que no le he visto y le descubro ahora deshonorándome con una infame accion! Un genealogista que me conoce bien me ha contado sus planes, y á ese hombre le debo el haberte impedido que cometieras una nueva maldad.

Vuelto en sí Amadeo, y lleno de vergüenza viendo á su padre, conoció que el mejor partido era confesar su delito. Arrojóse á los piés de Ruffot hecho un mar de lágrimas y exclamando:—Padre mio! mi buen padre! Y vos señor baron, perdonadme todos! Yo adoraba á Eugenia... no tenia mas que un arbitrio para lograrla, y si este es un crimen, echad la culpa al amor!...—Al amor? Bueno! replicó Ruffot: y el amor fué quien te hizo abandonar á tu padre cuando saliste del colegio? Ha sido el amor quien te hizo que me despreciáses olvidándote

de quien te dió el sér!...—Padre mio, perdonadme, ó me vereis morir á vuestras plantas!

Las lágrimas de Amadeo parecian hijas del arrepentimiento, y enternecieron el sensible corazon del bondadoso Ruffot. Llevóse de allí á su hijo, procuró en lo sucesivo acostumbrarle á una rígida moral y el golpe sufrido por Amadeo enmendó ciertamente su mala conducta. Dedicóse al trabajo material á la par que cultivaba sus facultades intelectuales, se avergonzó de sus vicios y mas que todo, de haber sido un hijo tan descastado; y despues de algunos años de una vida ejemplar hizo un buen casamiento, formando parte de una familia verdaderamente noble que no buscaba pergaminos, sino virtudes y talentos.